



Antonio García Gutiérrez.

# Fingal

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Antonio García Gutiérrez.**

# **Fingal**

Fantasia dramática en cinco actos.

PERSONAS:

RINO, rey de Caledonia.

FINGAL, su hijo.

BOSMINA.

DUTCARON.

SORGLAN.

Guerreros.

Bardos.

Espíritu 1.º

Espíritu 2.º

La época pertenece a la historia antigua de los pueblos celtas. La acción pasa en un bosque inmediato a Selma, cuyos muros se dejan ver a lo lejos. Algunas tumbas esparcidas sin orden, y una de ellas más hacia el proscenio, delante de la cual aparece arrodillada  
BOSMINA.

Acto primero

ESCENA I

BOSMINA ¡Ya no más te veré, querida madre  
de Bosmina infeliz! Nunca tu seno  
a estrechar volveré; ni más la calma  
veré dichosa en tu regazo ledó.  
Por siempre te perdí: sola, aquejada  
de cruda pena y de dolor acerbo,  
sobre la tumba que tus restos guarda,  
amargo llanto de ternura vierto.  
Aquí en el seno de la huesa fría  
te escondes por mi mal: ya no te veo

por la selva vagar. Tu vida oculta  
velo espantoso de eternal misterio.  
Salud y gloria en el celeste espacio  
por siempre goces y descanso eterno:  
Salud, querida madre, mientras lloro  
sobre esta losa de presagio horrendo.

## ESCENA II

DICHA, SORGLAN

SORGLAN Hija de Morna: si en tu mal la suerte  
su vida te robó, no en llanto eterno  
estén tus ojos sin cesar bañados:  
abre a la paz tu desolado pecho.  
Ella goza la dicha inalterable,  
la gloria inmensa concedida, al bueno,  
y en nube celestial sobre ti vaga  
de luz cercada y esplendor risueño.

BOSMINA ¡Ay! Dejadme llorar: el hado impío  
me privó del apoyo, del consuelo  
que pudo hacer mi dicha: abandonada  
en mísera orfandad, ¿a dónde vuelvo  
mis ojos tristes que el horror no encuentre?  
Dejad que llore mi dolor acerbo.  
Sola en la tierra, ignoro todavía,  
¡ay!, quién mi padre fue: ¡pudiera al menos  
estrecharle en mis brazos; tributarle  
de padre el nombre en amoroso acento!  
¿Y cuándo, cuándo romperán mis ansias  
ese tenaz y misterioso velo  
que oculta mi nacer? Mi madre acaso  
mil veces intentó de este misterio  
el secreto romper; mas la palabra  
quedaba helada entre sus labios yertos.

SORGLAN ¿Nada, nada aclaró?

BOSMINA Cuando la muerte  
languidecía con eterno sueño  
sus ojos ya eclipsados, «¡Hija mía!»,  
dijo con triste voz..., «guárdete el cielo  
a ser más venturosa que esta madre,  
víctima triste del destino adverso.  
No nací en Selma, que en Loclín he visto  
de mis mayores el alcázar regio,  
y su diadema altiva y poderosa  
la frente esclareció de tus abuelos.  
¡Ay! ¡Cuántos males tus serenos días  
vendrán a envenenar! ¡Cuántos tormentos!  
Ven a la tumba, ven; allí se goza



BOSMINA ¡Quién sabe!... Acaso en la tremenda lucha...

¡Qué presagio fatídico y funesto!

¡Ay, Sorglan! No me es dado imaginarlo

sin que se llene de terror mi pecho.

¿Qué me queda, por fin..., abandonada?

Di, ¿qué me resta si Fingal ha muerto?

SORGLAN Tú aumentas tu dolor, con esa imagen,

ilusorio y falaz. ¿Por qué tu pecho

sólo busca el horror?

BOSMINA Porque en él hallo

toda mi dicha, todo mi consuelo.

La tristeza me es dulce, y aquí busco,

en mustia soledad, mi bien supremo.

Aquí lloro la paz que ya he perdido,

y mi antiguo placer demandando al cielo.

SORGLAN ¿Mas qué rumor...?

BOSMINA ¡Sorglan, son los valientes,

los hijos de Inistor!

SORGLAN Ellos son, ellos.

Los fuertes, los magnánimos... De gozo

quiere salirse el corazón del pecho.

### ESCENA III

Dichos, RINO y guerreros que se ven desfilar por el monte. Queda RINO en la escena.

RINO Suelo donde nací, yo te saludo:

tras largos años a pisarte vuelvo.

Tras largos años que en defensa tuya

sangrientas lides excitar me vieron.

¡Belleza angelical! Así era hermosa

la prenda de mi amor: así en un tiempo

en su amoroso y celestial semblante

brilló la gracia del pacer risueño.

¡Hija querida!... ¿Sí, tu amante padre

a verte tornará...? ¡Qué miro!... ¿Es cierto?...

¡Sorglan!...

SORGLAN Mi rey.

RINO ¡Bosmina! ¡Amigos míos!

¡Mis hijos, mi placer! ¡Al fin os veo!

Al fin en vuestros brazos estrechado

piadoso atiende a mi querer el cielo.

Gracias os doy, espíritus divinos,

que vuestro brazo sobre mí extendiendo

y escuchando mis súplicas ardientes

hacéis mi dicha en tan feliz momento.

Hoy que la patria mi favor demanda

su grito escucho, y a su ayuda vuelo

en la mano el laurel de la victoria,

pero de sangre y de dolor cubierto

.....

.....

¡Cuántos hijos y madres desoladas  
hoy llorarán en abandono eterno  
la pérdida del padre y del esposo  
que allá en los campos de Loclín cayeron!

¡Cuántos que apenas la risueña aurora  
vieron de su existir! Cayó el guerrero:  
de sus huellas en vez se advierten sólo  
tristeza y luto en el hogar desierto.

Hoy otra lucha negra se prepara  
quizá de más horror. ¡Y también debo  
a la lid conducirlos, a la muerte!

¡Triste deber de ingrato ministerio!  
Mas... ¿qué miro? ¡Tus ojos inundados  
en lágrimas están!... Tu rostro bello,  
ya pálido y marchito... ¿Cuál congoja  
puede afligir tu lastimado pecho?

BOSMINA Negro pesar oprime el alma mía:  
dejad que lllore con dolor acerbo.

RINO ¿Y Morna?

BOSMINA ¡Por piedad!

RINO ¿Lloras? ¿Te agitas?

¿Qué fue de la infeliz? ¡Este misterio,  
el sitio, tu pesar!...

BOSMINA Allí reposa  
y no más se alzaré.

RINO Su tumba, ¡oh cielos!

BOSMINA Murió, murió, pero en la huesa fría  
aún vive para mí; y este silencio  
de muerte precursor, esta tristeza  
halaga dulce mi afligido pecho.

Aquí la imploro, y aunque muda y fría  
yo la escucho pedir con triste acento  
mi llanto y compasión, y yo demando  
aquí postrada por su paz al cielo.

SORGLAN V. dla., señor, de pena enajenada,  
sin auxilio, sin gloria y sin consuelo,  
huérfana y sola...

RINO No, no abandonada

en la tierra estarás. Aquí en mi seno  
desahoga tu llanto. Como a un padre  
ya me debes mirar: yo serlo quiero.

BOSMINA Mi padre... Sedlo pues. Pero en el mundo  
nadie borrar podrá de mi recuerdo  
a mi madre infeliz.

SORGLAN Otra esperanza,  
Señor, halaga su inocente pecho.  
BOSMINA ¡Quizá cayó en Loclín!  
RINO No. Victorioso,  
de lauro ornado y de contento lleno,  
ya presto tornará... Quizá saluda  
ora las playas del nativo suelo.  
SORGLAN Y... ¿no sabéis su amor?  
RINO ¡Qué osas decirme!...  
SORGLAN No se mancilla vuestro nombre excelso,  
vuestro regio esplendor: corre en sus venas  
la sangre de Esnivan.  
RINO ¿Qué...? ¡Será cierto!...  
SORGLAN Su madre misma al expirar...  
RINO Acaba.  
¡Insensata! ¡Rompió nuestro secreto!  
BOSMINA ¿Qué secreto, señor?  
RINO ¡Ah, nada, nada!...;  
Déjanos solos... Sí... Yo te lo ruego.

#### ESCENA IV

Dichos, menos BOSMINA  
RINO No me es dado acceder: tú bien lo sabes  
cuál es mi corazón, cuál mi deseo,  
y cuál amo a los dos; pero Bosmina...  
No, yo sus males mitigar no puedo.  
SORGLAN ¿Cuál motivo, señor?  
RINO El hijo mío,  
mil y mil veces con amante ruego  
mi piedad imploró; pero ignoraba  
todo el horror de tan fatal misterio.  
Sus angustiadas súplicas, sus quejas  
tal vez llenaron mi afligido pecho  
de congoja mortal, y no podía  
sus negros males mitigar al menos.  
Mil veces le encontré pálido, mustio,  
en la margen del Loda turbulento  
al peso de sus ansias agobiado:  
y mil y mil los montes recorriendo,  
con espantosos ayes, sus congojas,  
sus negras ansias explicaba al viento.  
SORGLAN ¿No hay un medio, señor?  
RINO No... Su destino  
es horrible quizá... Su mal es cierto.  
No es tiempo de ocultarlo: en largos años  
guardé en mi pecho tan fatal misterio  
por su amor, por su bien. Ora que yace

de la tumba en el lóbrego silencio  
para siempre jamás, debo explicarte  
todo el horror de mi destino adverso.  
Ha largos años que la infanda guerra  
alzó en Loclín el estandarte fiero,  
de Inistor amagando las riberas.  
Fiera y terrible cual la voz del trueno,  
la voz de destrucción salva los mares  
y a la lid se aperciben mis guerreros.  
Vencí las huestes de Esnivan: persigo  
hasta Loclín sus miserables restos,  
que allá llevaron llanto y exterminio  
si acá la guerra y el furor trajeron.  
Allí la bella Morna residía,  
la hija de Esnivan. ¡Yo quedé ciego  
al contemplar sus gracias! ¡Si la vieses  
bañada en llanto, triste y sin consuelo,  
por su padre y su patria demandando  
la dulce paz con ayes lastimeros!  
Sublime y bella me robó la calma:  
yo la paz la otorgué. De Morna empero  
probé la gratitud, y sus caricias,  
su dulce amor, mi recompensa fueron.  
Ven -la dije- a mi patria: allí te esperan  
la ventura, el amor: un lazo eterno  
me estrechaba a la tierna Eviralina,  
pero nada miré. Mi error funesto  
condujo a Morna al hondo precipicio,  
y huyó por siempre del hogar paterno.  
Así ha vivido dilatados años,  
mi seducción y engaños maldiciendo,  
y arrastrando a la tumba silenciosa  
su deshonor y eterno vilipendio.

SORGLAN ¿Y Bosmina?...

RINO Es el fruto desgraciado  
de un insensato amor.

SORGLAN Nunca pudieron  
saber los de Loclín...

RINO Nunca. Mi amada,  
en su penar hasta la luz huyendo,  
de su padre burló la vigilancia.  
¿Cómo tornar de su familia al seno,  
tras del funesto crimen, y cubierta  
de oprobio y deshonor? ¿Donde el desprecio  
o la muerte quizá le guardaría  
el fiero orgullo de Esnivan soberbio?  
Tú lo sabes: los valles solitarios



fieles testigos de su llanto fueron:  
la triste soledad, más apacible  
era a sus ojos que el rumor del pueblo.

Así escondió su vergonzosa afrenta...

SORGLAN Mas no pueden saber...

RINO Sorglan, muy presto.

Yo la arranqué del seno venturoso  
donde sus días plácidos corrieron,  
donde la paz, la dicha inalterable,  
¡ay!, halagaron su inocente pecho.

De su dulce virtud desposeída  
cubrí de flores el abismo horrendo  
donde sus ojos, de terror pasmados,  
el negro engaño, pero tarde, vieron.

SORGLAN Pero el pueblo quizá vuestra presencia  
anhelando estará. Tras tanto tiempo,  
tras de seis años de gloriosa lucha,  
os espera, señor.

RINO Dignos son ellos  
de otro rey más feliz...

SORGLAN Cese el quebranto,  
cese vuestro dolor...

RINO Sorglan..., marchemos.

FIN DEL ACTO PRIMERO

Acto segundo

ESCENA I

BOSMINA, con un ramo de flores, que deja sobre la tumba.

BOSMINA ¡No os marchitéis, oh flores venturosas!

Ornad la tumba del objeto amado  
con dulce placidez. Tributo puro  
que previno amoroso mi conato.

¿Quién sufrió como yo? Por todas partes  
tristes me cercan confusión y llanto.

¡Madre mía! ¿Por qué me abandonaste?

¿Por qué en triste orfandad y desamparo  
dejas sumida a la infeliz Bosmina?

Ven a mi voz, consuela mi quebranto.

ESCENA II

Dicha, DUTCARON

DUTCARON ¡Allí está: gime... de su tierna madre

abandonada la infeliz... En vano  
Hora su muerte, que jamás la tumba  
el bien le tornará que le ha robado.  
¡Qué apacible es su rostro! ¡Cómo brilla  
muy más sublime en su apenado llanto!  
Hija de Morna...

BOSMINA Dutcaron...

DUTCARON ¿Tú temes?

BOSMINA ¿Sois vos?... Idos de aquí... No importunando  
con vuestras quejas mi afligido pecho  
dobléis mi pena y mi tormento amargo.

DUTCARON ¡Ingrata siempre!

BOSMINA En tan funesto sitio,  
llorosa cumplo mi deber sagrado.

Dejadme, por piedad..., en esa tumba...  
allí descansa. ¿En días tan aciagos,  
de amor habláis a la infeliz Bosmina?

DUTCARON Tan respetable sitio no profano.

Puro es mi amor, cual tu virtud es pura;  
pero aunque ciego amante te idolatro,  
de tu orgullosa obstinación recibo  
negras repulsas de mi amor en pago.

BOSMINA ¿Qué pretendéis en fin?... De mis amores  
y de mi corazón ya no me es dado  
árbitra disponer. Ya mis promesas  
de amor al yugo mi cerviz ataron.

Yo no debo ocultarlo por más tiempo.  
¿Qué podéis esperar? Hoy ya tornando  
con dulce afán tras de horrorosa lucha,  
tal vez saluda los hogares patrios.

DUTCARON Otro objeto, otro amor..., por eso, ingrata,  
por eso desdeñaste mis halagos.

¡Y qué! ¿Un feliz rival ha merecido  
gozar la dicha que esperaba en vano?  
Un rival... ¡Oh baldón! Y tú infelice...

BOSMINA ¡Ah! ¡Qué extraño furor!...

DUTCARON ¡Yo despreciado!

No más sufrir. Si en días más felices  
pude esperar de tu desdén ingrato  
la saña mitigar, si yo anhelaba  
gozar tu amor en plácido descanso,  
mi esperanza voló. Sólo me resta,  
en premio de mi afán, eterno llanto.

No..., llanto no... Y a mi pesar..., ¡Bosmina!,  
a mi pesar, te admiro y te idolatro.

¿Y he de mirar tranquilo que se goza  
un rival insolente y temerario

en las gracias que adoro, y yo suspire  
lejos de ti, sus glorias envidiando?  
No, no será: primero ha de arrancarme  
tu imagen adorada y tus encantos  
que aquí fijos están. Antes me vea  
yerto en la tumba que me alzó su mano.  
Tema, tema mi cólera: el impío  
que así tu corazón ha fascinado  
no gozará de su maldad el fruto.

BOSMINA ¡Dutcaron! ¡Dutcaron!

DUTCARON                                    ¿Temes acaso

por su vida? ¿El audaz que me provoca  
su impuro amor defenderá esforzado?

BOSMINA Fuerte es su brazo en la tremenda lucha,  
fiero y terrible como el negro rayo.

Con dulce afán hoy torna victorioso  
en ardua lid, del enemigo campo...  
No turbéis su placer... Cuando descubra  
las altas rocas de los montes patrios,  
lleno de amor y plácida esperanza,  
¿podrá pensar que vuestro ardor insano  
el exterminio, la aflicción y llo  
le guarda en vez de fraternales brazos?  
Tras largos años de la patria lejos,  
por su salud su sangre derramando,  
debe esperar...

DUTCARON                                    ¡Ah, calla! Tus palabras  
irritan más mi enojo. Lo he jurado.

¿Quién es el infeliz? No me lo ocultes.

BOSMINA Nunca su nombre sonará en mi labio.

Amadle como yo..., sí..., y os prometo  
fiel gratitud de vuestro amor en pago.

DUTCARON ¡Fiel gratitud cuando en funesta llama  
arde mi pecho y en furor me abraso!

O su muerte o tu amor. Decide luego,  
o tiembla mi venganza: demasiado  
pesó en mi corazón por largo tiempo  
todo el horror de tu desdén ingrato.

### ESCENA III

BOSMINA ¡Qué amenazas! ¡Oh Dios! ¿Será posible?

¿Yo le ofrecí mi corazón acaso,  
o debo ver mi cuello por ventura  
de extraño amor a la coyunda atado?  
Alza tu frente, ¡oh madre desgraciada!  
Alza tu frente, y la amorosa mano  
tiende por fin a la infeliz Bosmina,

y a tu asilo la lleva solitario.  
Allí mis ojos en eterna noche  
por siempre dormirán; y el negro espanto  
que hoy circunda mis ojos, a lo menos  
no turbarán en la tumba mi descanso.  
¡Hermosa paz, mi bien y mi esperanza!  
Tú aquí sentada en el sepulcro helado,  
convidas con la calma deliciosa  
que triste está mi corazón ansiando.

#### ESCENA IV

Dicha. FINGAL, por el monte, dice los primeros versos antes de bajar. Vendrá seguido de algunos guerreros, que a una señal suya marcharán por la derecha.

FINGAL Al fin te vuelvo a ver, ¡oh patria mía!,  
suelo de paz donde mis verdes años  
en plácida quietud y regocijo  
viera correr cual fugitivo rayo.

Al fin te vuelvo a ver... ¡Pero Bosmina!

BOSMINA Él es, él es Fingal...

FINGAL (A los soldados.) Mi bien... Marchaos...  
¿Y es verdad?... ¿Y es verdad?... ¿Y yo dichoso  
ora te estrecho en mis amantes brazos?

BOSMINA No extrañes mi dolor.

FINGAL Ya a mis oídos

llegó la causa de tu amargo llanto.

Al fin te veo: al fin a mis pesares  
el término llegó tan deseado.

¡Cuántas veces en medio de las lides,  
en medio de la muerte y sus estragos!

Fingal ansió este día: al contemplarme  
lejos de ti, privado de tus brazos,  
se marchitó el laurel de mis victorias,  
se oscureció la pompa de mis lauros!

BOSMINA ¡Ay! Que tu padre inexorable intenta  
separarme de ti. Yo lo he notado...

Al hablarle Sorglan de mi cariño,  
fue repelido, y... le rogaba en vano.

FINGAL Mi padre, es cierto, a mi querer se opone:

mas nadie, nadie del objeto amado  
me podrá separar. Lance la guerra  
segunda vez su fulminante rayo,  
que en muelle paz reposará tu amante  
lejos por siempre de la pompa y lauros.  
Pompa ficticia, lauros que los hombres  
con sangre, ruina y destrucción compraron.

¡Ay, lejos de mis ojos! Mayor dicha,

mayor felicidad entre tus brazos  
me reservaba amor, y yo te juro  
nunca jamás volver a abandonarlos.  
Oigan los cielos mi alto juramento,  
y el rayo eterno con furor vibrando,  
si olvidare tu amor me hundan por siempre  
allá en el seno del sepulcro helado.  
Vague en la tierra, si perjuro fuese,  
de asombro lleno, de aflicción y espanto,  
y huyan de mí los hombres y me nieguen  
con odio eterno su piedad y amparo.  
¿Tras de tanto anhelar yo fuera impío?  
Mil veces en la margen reposando  
del undoso Gormal, odiaba el sueño  
en tu memoria absorto, enajenado.  
Si con estruendo rápido la muerte  
veloz corría en el confuso campo,  
en medio de la lucha tu memoria  
era todo mi bien. Ella mi brazo  
teñido en sangre al triunfo dirigía.  
¡Cuántas veces tornar al suelo patrio  
ansió mi corazón! En la ribera  
absorto vi los mares dilatados  
que en días para siempre dolorosos  
de mi prenda de amor me separaron.  
Allí está, me decía, allí demanda  
por su amante infeliz, y pide en vano:  
quizá no tornará. Tal vez descubra  
la parda nube en el oscuro ocaso  
allá de Cromla en la empinada cima,  
y fascinada, mi ligera nao  
la juzgue con placer; pero deshecha  
cual pronta luz en el espacio vano,  
la agradable ilusión se desvanece,  
el corazón desmaya atribulado  
y torna a su pesar. Por fin nos llama  
la cruda guerra al suelo que anhelando  
estuve en mi dolor: amenazada  
la patria nuestra del feroz romano,  
¡oh!, con cuánto placer a libertarla  
Fingal corrió por disfrutar tu lado.  
BOSMINA El cielo cada vez más implacable,  
más duro cada vez, por largos años  
se obstinó en perseguirnos; pero nada  
puede ya ser bastante a separarnos.  
Nada.  
FINGAL ¡Bosmina!

BOSMINA De la dura suerte

la incertidumbre odiosa he superado;

pero mi corazón, ¡cuánto ha sufrido!

Yo mil veces temí: funesto llanto

a tu incierta fortuna dirigía,

a mis amores y a tu fin aciago.

Cuántas veces en sueños te ofreciste

a mis ojos herido y expirando,

la palidez pintada en tu semblante.

¡Bosmina!, me dijiste atribulado:

yo a tus caricias preferí la muerte...

¿Por qué tu seno abandoné insensato?

FINGAL Ya no debes temer.

BOSMINA ¡Pluguiese al cielo!

Hoy más que nunca con mi horror batallo:

ni aquí seguro estás.

FINGAL Pero qué causa...

Di..., ¿quién osará?...

BOSMINA De tu dicha, acaso

hay alguno envidioso y te amenaza.

Teme, Fingal...

FINGAL ¿Quién es el temerario?

Di... ¿Quién osado mi furor provoca?...

Yo lo quiero saber.

BOSMINA Es en tu daño.

¡Yo tu muerte causar! Por mis amores...

Pero tu padre... ¡Adiós!...

FINGAL Oye...

BOSMINA Es en vano.

FINGAL Yo lo sabré: su temerario orgullo  
pronto verás ante mis pies postrado.

ESCENA V

FINGAL, RINO

FINGAL Padre mío...

RINO Fingal. Al fin tus ansias

de tu pesar el término encontraron;

tras larga lucha, el cielo nos concede

tornar a ver nuestros hogares patrios.

FINGAL Salud a los espíritus... Piadosos

tender quisieron su celeste brazo

sobre las huestes de Inisfel, que ansiosas

ora saludan los nativos campos.

Este del hijo las caricias tiernas

disfruta alegre entre sus juegos gratos,

aquél de amor concibe las delicias

de su querida en el regazo blando.

¡Ay! Yo también. Apenas presuroso  
salto en las playas y la cumbre salvo  
del árido Morven, me ofrece el cielo  
la dulce vista del objeto amado.

¡Cuán bella, más que nunca, se ostentaba  
sobre esa tumba de fatal presagio,  
abatida, llorosa, y de su madre  
la dulce vida al cielo demandando!

RINO La has visto. ¿Y en tu pecho aún se alimenta  
ese funesto amor?

FINGAL Yo la idolatro.

¿Y quién sin adorarla contemplara  
su dulce risa, su apacible encanto?

¿Funesto amor decís?

RINO ¡Oh! ¡Si pudieras  
el fondo ver de tan terrible arcano!

Temblaras con horror. Pero el destino  
guarda tu suerte en su abismoso caos,  
donde nunca, a pesar de sus deseos,  
las miradas del hombre penetraron.

Yo... soy quizá de tan fatal misterio...

No... Nunca sepas más. Sabe que el hado  
te guarda negro horror, y que en tus días  
eterna maldición está pesando.

¡Maldición, maldición!... ¡Oh! Nunca llegue  
el momento fatal en que irritado  
rasgue ya el cielo el velo misterioso,  
¡ay!, con tu error tu paz arrebatando.

FINGAL Rómpase ya: de la inconstante suerte  
los males con valor he superado,  
y antes que tan cruel incertidumbre,  
quiero el horror de mi destino aciago.

RINO ¡Teme, teme, infeliz!... Teme la lucha  
que el cielo adverso te prepara acaso;  
yo velaré sobre tu suerte infausta,  
y... yo feliz, si puede mi conato  
salvar tus días del fatal abismo  
a que un culpable amor te está arrastrando.

FINGAL ¡Conque hasta el cielo mismo se conjura  
contra mi amor, y el plácido descanso  
robándome en la noche, me intimida,  
con negro horror mis males anunciando!

RINO ¡Fingal!

FINGAL Escucha, ¡oh padre!, y compadece  
a este infeliz en su mortal quebranto.

El mundo estaba en calma: de las sombras  
sólo el gemido se escuchaba acaso,

y con vuelo sonante se ofrecían  
ante mis ojos, sin cesar girando.  
De mis abuelos los ilustres hechos  
el arpa celebraba de mis bardos,  
y con dulce clamor se difundía  
en la callada selva el eco grato.  
De repente un gemido doloroso  
hiere mi oído: con horror pasmado  
alzo la vista atónito, y me ciega  
vivo esplendor de misterioso rayo.  
Una belleza celestial brillaba  
hermosa cual la luz: su seno casto  
era cual nieve del Gormal, empero  
marchito el rostro y del dolor sellado.  
Su faz entonces con pavor contemplo,  
y era mi madre, ¡ay Dios!, que en su conato,  
por salvar de Fingal los tristes días,  
así abandona su eternal descanso.  
Y lo abandona por mi amor..., ¡oh padre!  
Centelleaban sus ojos como el astro  
que a la noche preside, mas su brillo  
triste eclipsaba con amargo llanto.  
Gime, suspira, y hacia mí extendiendo  
llena de horror sus tremebundas manos,  
¡hijo!, ..., me dice, en sepulcral gemido,  
y expira el eco entre sus yertos labios.  
Giraba triste en derredor, sus ojos  
en mí con ansia y con dolor fijando,  
cual si de algún peligro pretendiese  
salvar al hijo a sus amores caro.  
Mas... súbito sus ojos centellean,  
y un grito agudo con furor lanzando,  
muerte..., me dice, y muerte repitiendo  
huye deshecha en el espacio vano.  
RINO Ya lo ves: ese anuncio misterioso  
quizá es preludio de tu fin aciago,  
y el cielo aún, de tu error compadecido,  
quiere salvar tus inocentes años.  
FINGAL Padre mío...  
RINO Fingal, no así te aflijas.  
No te abatas así... Tu tierno llanto  
baja a mi corazón cual fuego ardiente,  
mis dichas con dolor acibarando.  
Al cielo teme: con tremendo ceño  
ora ya vibra el iracundo rayo  
que suena en derredor: con ruego humilde  
quizá desarmes su potente brazo.



Al hombre miserable en su flaqueza  
sólo implorarle con temor le es dado  
y la frente humillar.

FINGAL

Padre...

RINO

Hijo mío...

Deja este sitio, ven.

FINGAL

¡A Selma!... ¡Vamos!

FIN DEL ACTO SEGUNDO

Acto tercero

ESCENA I

BOSMINA, SORGLAN

SORGLAN ¿Por qué tanto gemir? ¿Por qué ese llanto?

Tu rostro hermoso con dolor marchito,  
en lágrimas tus ojos inundados  
tristes explican tu fatal martirio.

Cuando hoy un padre te destina el hado  
en las virtudes del excelso Rino,  
cuando halagüena tu esperanza brilla,  
¿gime aún tu pecho del tormento herido?

BOSMINA Nada calma mi angustia. Esta es mi suerte:

llorar mi pena y sollozar continuo.

No me abandona mi dolor. la muerte  
aquí me acoge en su regazo amigo,  
y me ofrece la paz imperturbable  
que allá se goza en el sepulcro frío.

Tiende la calma su apacible mano  
en este triste y lóbrego recinto,  
y enajenado el corazón palpita  
de pena y gozo a un tiempo combatido.

¡Ay! Sólo de mi bien, de mis amores,  
algún consuelo en mi penar recibo  
en tanto y tanto afán; y esperar puedo  
dulce contento hallar en su cariño.

SORGLAN ¡Oh! ¡Cuál te engañas! Nunca, nunca veas  
esos deseos por tu mal cumplidos.

Ese insensato amor quizá te arrastra  
a un insondable y negro precipicio.

BOSMINA ¡Por piedad, explicaos!...

SORGLAN

No, no debo...

BOSMINA ¿Cuál a lo menos mi delito ha sido?

No acrecentéis mi horror. ¿Por qué no debo

en mi pecho abrigar el dulce alivio,  
el sólo bien que en días tan aciagos  
fue la delicia y el contento mío?  
Dulce el amor sostuvo mi esperanza,  
y acá en mi corazón desfallecido  
borraba a veces el dolor amargo  
que en negro cáliz me ofreció el destino.

Él ocupó mi pecho hasta aquel día  
en que pluguiera al hado vengativo  
de mi madre los días venturosos  
arrebatara de su guadaña al filo.  
Entonces de mi amor nunca olvidado,  
y de mis días el placer tranquilo  
vino a turbar la paz otra memoria,  
memoria llena de dolor activo.

El llanto y la tristeza de mis ojos  
ya marchitaron el risueño brillo,  
y recuerdos funestos y espantosos  
turbar pudieron mi placer antiguo.  
¿Y tras de tanto afán, aún no me es dado  
la ventura gozar? ¿Habré perdido  
mi postrera esperanza? Demostradme  
el fondo al menos de tan negro abismo.

SORGLAN ¿Yo pudiera tal vez?... Quizá se oculta  
con velo eterno tu fatal destino.

Y... ¡ay de ti si la nube del misterio  
rasgada al fin, con tenebroso brillo  
deja ver a tus ojos espantados  
su negro centro con horror sombrío!

BOSMINA ¿Pues para qué nací? ¿Por qué la muerte  
no me hirió fiera en el momento mismo  
en que mis ojos a la luz se abrieron,  
a esta luz horrorosa que abomino?

¿Por qué la suerte de engañosas flores  
cubrió mi amor con pérfido artificio  
en mis días de paz, y ora destroza  
mi triste pecho con rencor impío?

Mi amor, mis esperanzas, mi consuelo,  
ya todo lo perdí: ya no respiro  
sino para llorar eternamente  
sobre esta tumba de fatal indicio.

SORGLAN Tú lo quieres así.

BOSMINA Tal es mi suerte.

SORGLAN Ven... Abandona el lúgubre recinto  
que aumenta tu dolor: tú misma buscas  
su negro espanto con fatal ahínco.

BOSMINA No..., que aquí está la calma: aquí buscando

algún consuelo en los pesares míos,  
esta dulce tristeza, este silencio,  
tal vez me halagan con placer divino.  
Tal vez el llanto... No, no es comparable  
del pueblo inmenso el eternal bullicio,  
a la risueña paz que se derrama  
en este mustio y pavoroso sitio.  
Y... ¡oh, si me hallase en su sagrado seno  
el negro instante de mi fin prescrito,  
y pudiese en la tumba de mi madre  
triste exhalar el último suspiro!  
SORGLAN ¡Calla! Viene Fingal: ocultar debes  
tu llanto, tu pesar.

BOSMINA                                      Él es testigo  
de mi invencible afán: él es la causa,  
caro Sorglan, de mi cruel martirio.  
Mírale, como yo, triste y doliente  
de funestos pesares combatido,  
inundados sus ojos con el llanto  
y en sus facciones su dolor escrito.

## ESCENA II

Dichos, FINGAL

FINGAL Allí la encontraré..., junto al sepulcro.  
Es ella... Te buscaba.

SORGLAN                                      Ven, amigo,  
a consolar su pena: ve su rostro  
por el negro dolor entristecido.  
En vano la recuerdo sus deberes:  
siempre abatida en hórrido conflicto,  
desoye mis consejos, se abandona  
con pecho inerme a su dolor esquivo.  
Y tú también... ¿Te atreverás acaso  
a abrigar en tu pecho ni aun indicios  
de un insensato amor?

FINGAL                                      Aun todavía  
tan dulce llama en mi interior abrigo,  
y aquí deberá arder eternamente  
hasta que lance el postrimer gemido.  
¿Por qué quieren robarme la esperanza  
de gozar tanto bien? ¿Con qué motivo  
me arrancarán de los amantes brazos  
de la prenda de amor por quien suspiro?  
Si débil fuese, si consiente acaso  
que la arrebatan de los brazos míos,  
todos los males me circundan fieros,  
el rayo descendiendo en mi castigo.

Y que mi sombra en la callada noche  
triste vagando con errante giro  
sin consuelo ni paz gima en los cielos  
nuncio de mal, con espantoso aullido.  
SORGLAN ¡Juramento horroroso! ¡Y tú, insensato,  
te atreves a ofrecer al cielo mismo  
tu escándalo, tu horror! ¡Y tú pudieras  
entregado a un frenético delirio  
la desgracia causar del bien que adoras  
con tu culpable y criminal designio?  
¿Vieras con ojos de placer sus días  
abandonados en fatal martirio  
al llanto y al dolor, y hasta en su frente  
el negro oprobio y maldición escritos?  
¿Cuál nuestra culpa fue, cuál nuestra afrenta?,  
pasado el tiempo clamarán tus hijos.  
¿Por qué agobian mi frente desdichada  
de un obcecado padre los delitos?  
Nosotros en la tierra condenados,  
tristes vagando con incierto giro,  
de nuestros padres el alcázar vemos  
cuando somos por ellos maldecidos.  
¿Y quién la causa fue de tanta pena?  
¿Responderás entonces a sus gritos?  
Tú les dirás... Yo fuí, yo el insensato  
que vuestro mal causé: de mis caprichos  
sois víctimas vosotros, inocentes,  
y vuestra maldición viene conmigo.

BOSMINA Perspectiva de horror. Con tus palabras  
siento mi corazón estremecido.

¡Qué! Sólo maldición...

SORGLAN Tú así lo quieres.

FINGAL ¡Basta, basta, Sorglan! Ve su martirio,  
no la acongojes más.

SORGLAN Pues bien, rehúsa  
escuchar mis consejos. Lo repito,  
será tu mal eterno: el alto cielo  
prevendrá con espanto tu castigo.

### ESCENA III

BOSMINA, FINGAL

BOSMINA ¡Funesta predicción! Nunca se cumpla  
por tu mal tan horrendo vaticinio.

FINGAL Quieren intimidarme, pero en vano.

Alce en buen hora el brazo vengativo  
la suerte contra mí: vencer sabremos  
del hado adverso el prepotente brío.

BOSMINA Sí, vencerle sabré; mas en mi pecho  
en vano, triste, la esperanza animo,  
y al verte por mi amor. tan desgraciado  
mis ojos baño en lágrimas contino.

FINGAL No, no temas por mí.

BOSMINA ¡Cuántos dolores  
te reserva mi amor! ¡Y tú has podido  
amar a esta infeliz, cuando la cercan  
por dondequiera males inauditos?  
Abandóname, olvida hasta la imagen  
de esta desventurada.

FINGAL ¿Qué has pedido?

BOSMINA Si no puedo ser tuya, si te asedian  
por todas partes hórridos peligros,  
¿por qué te obstinas, di? Pueda yo al menos  
saber que eres dichoso: en mi destino  
no me queda por fin otra esperanza  
que halagar pueda los pesares míos.

FINGAL No te abandonaré: toda mi gloria,  
todo mi bien en adorarte cifro,  
y sin tu amor ni dicha ni consuelo  
puede halagar mi corazón herido.  
Tú eres sola en la tierra mi esperanza,  
cuanto puedo anhelar. Por ti suspiro,  
y tú difundes plácida en mi pecho  
la dulce calma en que contento vivo.

BOSMINA Y yo juro a la vez idolatrarte,  
y hasta que lance el último gemido  
aquí en mi pecho conservar tu imagen.  
Pero..., tu padre... ¡Adiós!

#### ESCENA IV

FINGAL, RINO

FINGAL ¡Oh padre mío!

RINO Te buscaba, Fingal: ya nuestras playas  
los guerreros de Roma han invadido.  
La amenazada patria hoy deposita  
su libertad en nuestro fuerte brío.  
Ya a la lucha terrible se preparan  
los hijos de Inistor: en nuestro auxilio  
pronto alzarán los pueblos de Inisfela  
de cruda guerra el espantoso grito.  
Tú empero debes de la paz risueña  
o de lucha fatal el negro signo  
al romano llevar, cuando la noche  
del sol eclipse el esplendente brillo.  
Sé la estrella de paz. Dile al romano

que aquí le espera en nuestro hogar tranquilo  
la calma leda; mas si guerra eligen,  
muerte hallarán, aceros y exterminio.  
Ondee el viento de la infanda guerra  
el funesto pendón, que en ti confío,  
o a mi pueblo salvar de sus horrores,  
o las huestes vencer de su enemigo.  
¿Dudas quizá?

FINGAL                              No, padre: tus mandatos  
leyes son... Yo no dudo, no vacilo.  
¿Mas así abandonar la patria amada  
cuando hoy apenas su esplendor admiro?...  
Concede, por piedad...

RINO                                      No. Tu obediencia  
hoy más que nunca de tu amor exijo.  
La nave está en la playa: cien guerreros  
te acompañan en ella.

FINGAL                                      ¡Oh padre mío!

RINO ¿Qué pretendes?

FINGAL                                      Señor..., de tus soldados  
hay mil y mil de tu esperanza dignos,  
y llenarla sabrán.

RINO                                      ¿Cuál es la causa  
de ese dolor que en tu semblante miro?  
Lo conozco, infeliz... Huye, abandona  
los deberes más santos, mi cariño  
y aun tu sagrado honor: huye en buen hora  
de tu misma vergüenza confundido.  
¡Cuando la patria desolada fía  
en ti su salvación, por un delirio,  
por un amor insano y execrable  
desoyes tú su lastimado grito!  
No..., jamás: ese error que te fascina  
sacude de una vez: el hondo abismo  
ya abierto ante tus pies eludir sabe.  
¡Misterio horrible que quizá el destino  
oculta para siempre! No..., no rompas  
con mano audaz su velo denegrido.  
No le rompas, Fingal. La voz de un padre  
que ansía sólo tu bien...

FINGAL                                      Al pecho mío  
no hay bien, ¡oh padre!, ni placer, ni gloria,  
sino el ansiado amor. Dulce y benigno,  
con bálsamo de paz mi vida halaga.  
Rompa en buen hora el hado vengativo  
ese velo fatal que negro oculta  
mi mal eterno con terror sombrío.

RINO ¡Te obstinas, infeliz!... Pues bien, desoye  
de un padre triste el lastimado grito.

Desoye mis consejos... Para siempre  
desgraciado serás. ¡Yo te maldigo!

FINGAL ¡Ah, por piedad!

RINO ¡Aparta para siempre!...

Ya no eres hijo del excelso Rino.

FINGAL ¡Por piedad, no merezco vuestro enojo  
ni tan negro baldón!

RINO Yo te abomino:

huye, que tu presencia me horroriza.

FINGAL ¿Y en qué vuestro rencor he merecido?

Amar tan sólo de Bosmina hermosa  
la dulce risa, el celestial hechizo...

Ese es todo mi mal.

RINO Ese es tu crimen.

Sí, Fingal... Es un crimen tu delirio.

Abandona ese amor.

FINGAL ¡Mis esperanzas!

RINO Sólo esta prueba de Fingal exijo;

única prueba... Ven... jura al momento

olvidar para siempre ese cariño,

por las sombras errantes de tus padres:

el rayo invoca si con labio inicuo

te oyesen perjurar, o si algún día...

FINGAL Si jurara Fingal, sabría cumplirlo.

Mas no esperes de mí tales promesas.

Por siempre amar, idolatrar contino,

de Bosmina las gracias, y su imagen

aquí llevar hasta el sepulcro frío,

esto sí juraré. Si a mi promesa

faltare alguna vez, en mi castigo

me aborrezca la hermosa que en mi pecho

tanto fuego encendió. Sí..., lo repito:

Suyo mi amor será.

RINO Pues bien, ingrato,

te obceca en tu furor: rompe atrevido

los lazos más sagrados; desde ahora

huyo de ti: desde ahora te abomino.

Mas oye... Si la diestra formidable

de la justicia celestial ha visto

tu insolente furor en leda calma,

no impune quedará. Yo tu castigo

pues, cual padre y cual señor de Selma

severo decretar, pero el destino

te guarda más horror: hierve en el seno

de tu mísero amor endurecido

la confusión del crimen que algún día  
te arrastrará espantoso al precipicio.  
Y tu pecho, aunque tarde, anonadado,  
demandará con angustiado grito  
a la santa virtud... Y en vano, en vano,  
que ya serás del cielo aborrecido... (Se va.)  
FINGAL Llegue ese porvenir tan espantoso  
mis males a colmar: enfurecidos  
tu imprecación los cielos satisfagan:  
yo tanto horror afrontaré con brío.  
FIN DEL ACTO TERCERO

Acto cuarto

ESCENA I

RINO, SORGLAN

RINO Aquí yace, Sorglan, aquí descansa  
la que en mi pecho inextinguible hoguera  
de puro amor prendió: la que en un día  
fue todo mi placer y hoy es mi pena.  
Buscando lejos de engañosa pompa  
la plácida quietud, su tumba yerta  
vengo a regar con lágrimas amargas.  
Aquí invocando la piedad suprema  
por su bien eternal, la dulce sombra  
de Morna triste con dolor me vea.  
Era mi amor, mi bien... ¡Oh, cuál suspira  
aquí la hermosa paz!... ¡Dulce tristeza!  
¡Silencio pavoroso! Ven, amigo...  
Más que el bullicio y esplendor de Selma  
me halaga este recinto pavoroso;  
aún más mi triste pecho lisonjea.  
Aquí mora sin dolo ni artificio  
la cándida verdad: aquí risueña  
su luz esparce inalterable y pura,  
y el audaz crimen confundido tiembla.  
SORGLAN Volved, señor, el triunfo que os prepara  
un pueblo inmenso; de la pompa regia  
el grandioso esplendor quizá mitiguen  
de tantos males la memoria acerba.  
RINO Esa pompa falaz es a mi pecho  
enojosa, Sorglan: huyendo de ella  
los muros abandono, y aquí busco



el sólo triunfo que mi afán desea.  
Ya sin testigos importunos, puedo  
explicar mi dolor: ya no me cerca  
de aduladores la enfadosa turba,  
testigos de mi llanto y mi flaqueza.  
De la amistad en el augusto seno  
y de la muerte en la mansión eterna  
la dicha buscaré, si acaso es dado  
que yo un instante venturoso sea.  
Luego del pueblo al cuidadoso anhelo  
me prestaré, y entre la pompa regia  
ocultaré el pesar que me devora,  
que es en el solio, crimen la flaqueza.  
SORGLAN ¡Ah!, cuán en vano lo ocultáis: el llanto,  
el acerbo dolor y amarga pena,  
es como el fuego que ocultar no es dado.  
Todos preguntan, todos se desvelan  
en sondear los íntimos arcanos  
que causa son de la desgracia vuestra.  
RINO ¡Oh propensión terrible de un monarca!  
Un pueblo inmenso en su conducta vela.  
Yo desgraciado si seguir quisiese  
de sus caprichos la espinosa senda.  
Mas... me ha enseñado a despreciar los hombres  
la adversidad y mi desgracia misma.  
¿Qué conseguí cuando halagué su orgullo?  
Con crudo ceño devastar la tierra  
en execranda lid; llevar al seno  
de otro pueblo feliz lucha sangrienta.  
¡Cuántos maldecirán mi nombre horrible!  
El huérfano infeliz, la madre tierna  
demandarán la sangre que he vertido,  
y al cielo, alzando sus ardientes quejas,  
exclamarán de rabia penetrados,  
maldición a los hijos de Inisfela.  
¡Y tú..., no me abomines, Morna mía!  
Si he desolado con audacia ciega  
tu patria cara, tu perdón imploro.  
¡Oh espíritus del cielo! En faz risueña  
mis votos acoged: goce mi amada  
en alto solio de la paz eterna  
que allá a los justos la virtud concede.  
Brille en su frente celestial diadema,  
y en la mansión de paz afable ría,  
¡ay!, más dichosa que lo fue en la tierra.  
SORGLAN Calmad vuestro dolor... Si vuestros hijos  
os sorprenden así...





de amor atada a la coyunda estrecha...

FINGAL ¿Bosmina dices?...

DUTCARON Sí..., la hija de Morna.

Ahora mismo tu padre me lo ordena

sabiendo mi pasión, y va a ser mía.

¡Pero qué turbación! Cuando debieras  
tu corazón llenar...

FINGAL ¡Ah!, calla, calla.

No me atormentes más: no de mi pena

redobles, ¡ay!, el punzador tormento.

Ese placer que a ti te lisonjea,

ese es todo mi mal.

DUTCARON ¿Qué dices?

FINGAL Basta

Basta..., mi angustia, mi dolor respeta.

#### ESCENA V

FINGAL ¿Quién mi brazo contuvo? ¿Por qué airado

no abrí su corazón? ¡Verdad funesta,

que hoy arrancando el engañoso velo

negros abismos entrever me dejas!

Mas... tuya no será: yo te lo juro

por esa tumba que mi amor respeta,

por ese cielo donde triste vagan

las sombras que ya fueron en la tierra.

Ella es mi hermana... Sí... De amor impuro

arde en mi pecho inextinguible hoguera

que no puedo calmar. Pero aún ignora

esta triste verdad... Mi hermana... es ella.

#### ESCENA VI

DICHO, BOSMINA

FINGAL Bosmina...

BOSMINA Amigo... Nuestro mal es cierto.

FINGAL ¿Qué me dices?

BOSMINA Fingal, tu padre ordena

que Bosmina a otros lazos estrechada

tu amor por siempre y tus caricias pierda.

FINGAL Lo sé, lo sé. ¿Pero podrás acaso

mi cariño olvidar?

BOSMINA ¿Qué es lo que intentas?

¿Cuál deseo es el tuyo? En largos años

de triste llanto y de fatal ausencia

nunca olvidé que es tuya el alma mía.

Siempre tu imagen en mi pecho impresa

fue el ídolo feliz a quien Bosmina

sus dulces votos dedicaba tierna.

Tuya soy.

FINGAL                    ¡Eres mía! Si pretendes  
enlazarte a Fingal, huye de Selma.

BOSMINA ¿Yo... de mi patria... huir...?

FINGAL                    No hay otro medio:

o abandonarme a mi horrorosa pena

o dejar este suelo desdichado

donde la suerte nuestro mal intenta.

¿Y después de tan gratas esperanzas,

después de tanto amor, veré deshechas

cual humo vano nuestras dichas todas?

Jamás, jamás: aun mi pasión penetra

en medio de tan bárbaros rigores

un rayo hermoso de esperanza cierta.

Sigue a los mares a tu caro amante,

a tu caro Fingal: ven a otras selvas,

do gozaremos nuestra unión dichosa

en dulce afán y placidez eterna.

¿Dudas? ¿Vacilas? ¿En tu pecho amante

la llama celestial, pura y suprema

de aquel sincero amor, no arde incesante?

BOSMINA No se ha apagado su inexhausta hoguera:

cada vez más activa y deliciosa

mi pecho agita con dulzura extrema.

Pero... ¿debo partir? Estrechos nudos

a este suelo querido me sujetan.

Mi madre exige el doloroso llanto

de triste compasión: mi madre tierna

que en esa tumba helada y horrorosa

ayer cayó para calmar mi pena.

FINGAL Al lado de Fingal, dulce tributo

también la prestarás. En pura ofrenda

consagrarán nuestros amantes pechos

himnos de paz a su memoria eterna.

BOSMINA ¡Ah! No acongojes la infeliz Bosmina.

Aquí debo quedar: así lo ordena

mi desdicha fatal en este día,

y mi inocente corazón lacera.

FINGAL ¿Quieres mi muerte? ¿Quieres que a tus ojos

me acabe mi dolor?... ¿Hay en la tierra

ni bien ni dicha que a Fingal halaguen

sino tu amor y tu pasión sincera?

Después, la muerte sólo es agradable

a tu amante infeliz: en tu presencia,

a tu lado gozar le es dado sólo

la triste vida que sin ti detesta.

Pero tú no me amaste... Tú, inhumana,

me juraste un amor que no alimentas,  
y al crédulo Fingal has fascinado.  
¡Ingrata! ¡Ingrata! Si mi fin deseas,  
no más puñal que tu rigor me basta  
para acabar tan mísera existencia.  
¡Me abandonas, cruel! ¿Y tú me amabas?  
¿Y tú el objeto de mis ansias eras?...  
¿Tú..., tú la más ingrata? No, Bosmina,  
no me amaste jamás, y aun me detestas.

BOSMINA ¿Yo aborrecerte?... ¡Por piedad!... ¡Ah! ¡Nunca!  
Siempre en mi pecho la inflamada tea  
del delicioso amor ardió inexhausta:  
pero me oprime obligación severa,  
y cerca de esta tumba dolorosa  
con vínculos estrechos me sujeta.  
¿Pérfida pude ser? ¡Oh, cuál me ultrajas!  
Pérfida nunca fue tu amante tierna.  
Demasiado te quise.

FINGAL ¿Pues qué aguardas?  
Sígueme... Ven, donde el amor te espera.

BOSMINA ¡Qué hacer!... Tu labio vence mis temores.

Yo seguiré tus amorosas huellas,  
y donde quiera que la planta guíes,  
ésa será de mi elección la senda.  
¿Mas qué dolor funesto, impetuoso,  
de mi sensible pecho se apodera?  
Huyamos ya de aquí: suelo de espanto  
es ya para Bosmina, que desea  
gloria inefable hallar en tu cariño.  
Contigo partiré: la tumba yerta  
donde yacen los restos de mi madre  
aun quiero saludar por vez postrera.  
¡Adiós, madre infeliz!... De ti me alejo  
para siempre jamás... Ausencia eterna  
que Bosmina, culpable ante tus ojos,  
por seguir otro amor, infiel desea.  
Morna querida, ¿si tu vaga sombra  
de mí se ofenderá? ¿Si en noche inmensa  
de amargura y dolor irá a sumirte  
de tu Bosmina la fatal ausencia?  
Recibe el postrer llanto de tu hija.

ESPÍRITU 2.º ¡Hija!

BOSMINA ¿Lo escuchas? Mi pasión reprueba...

A su lado me llama cuando parto,  
y a su sepulcro helado me encadena.

FINGAL Y qué..., ¿el acento de tu voz tan sólo  
al devolverle la espantosa huesa

tus sobresaltos y temores causa?  
BOSMINA Sí, era su voz..., de Morna... Morna tierna...  
Madre del corazón... ¿Y yo te dejo?

FINGAL ¡Ah, por piedad, partamos!  
BOSMINA ¿Estas eran

las pruebas del amor que yo en un tiempo  
falaz la daba con mentida lengua?

Ella me observará, Fingal querido,  
vagando triste en la callada esfera,  
y viéndome partir..., «¡Ingrata, ingrata!»,  
entre sollozos me dirá en su pena:  
e ingrata sólo pronunciar le es dado.

Pocas horas habrá que con fiereza  
la parca horrible me robó mi madre,  
y ya abandono su mansión postrera.  
Es ella... Mira... Con sañuda frente  
en la tumba levanta su cabeza.

Y me llama... ¡Qué horror! Vuelo a sus brazos  
y vuelve a hundirse en su morada eterna.

FINGAL No más dolor, Bosmina. Ya la noche  
tiende en el cielo su espantosa niebla.

Saludemos los restos de tu madre,  
besemos ya su veneranda huesa,  
y pidámosle en ella cariñosos  
perdón y bendición.

BOSMINA ¡Ay! ¡Así sea!

¡Perdón y bendición!... ¡Siempre me amaste  
y no me olvidarás en tu clemencia!

¡Protege mi cariño desgraciado:  
tú eres feliz: en la mansión risueña  
de la gloria eternal plácida ríes;  
el astro de la noche te rodea  
con su rayo de plata! ¡Oh madre mía!  
Por siempre goza de la paz suprema.

(Vanse.)

ESPÍRITU 1.º ¡Ay! ¡Genios de las tumbas!

¡En alas de los vientos  
la atmósfera cruzad!

Con trémulos gemidos  
de lúgubres acentos,  
los aires agítad.

¡Volad!... Del hijo mío  
los negros pensamientos  
piadosos disipad.

ESPÍRITU 2.º ¡Ay, sombras tenebrosas  
que con opaco velo  
vestís el aire!... ¡Oíd!...

Mis lúgubres canciones  
por el callado cielo  
mil veces repetid.  
¡Volad, que la hija mía  
conozca mi desvelo!...  
¡Id, negras sombras, id!  
FIN DEL ACTO CUARTO

Acto quinto

ESCENA I

FINGAL, SORGLAN

SORGLAN Modera tu dolor: vuelve la vista  
al abismo fatal que ante tus plantas  
abrió espantoso el hado inexorable:  
sálvate de su horror.

FINGAL En vano osara  
al torrente fatal de mis pasiones  
oponer animoso mi constancia.  
Me vence este frenético delirio.  
¡Ah! Tú sabes mi mal: cuando en la playa  
ya tocaba el momento de mi dicha,  
apenas en mis brazos estrechada  
iba a pisar la nave..., para siempre,  
sí..., para siempre de mi amor la arrancan.  
¿Dónde estaba mi acero?... Los inicuos  
mis brazos indefensos sujetaban,  
mientras Bosmina, en lastimosos ayes,  
de su negro furor se lamentaba.  
¡Desde entonces frenética mi mente  
con sangrientas imágenes batalla!  
Pero no es ilusión, no es sueño vano.  
¡Qué tropel horroroso de fantasmas!  
¡Qué visiones fatídicas me acosan  
y mi agitado pecho despedazan!  
SORGLAN ¿Qué hacéis, Fingal? Calmad vuestros furores.  
FINGAL Bosmina... ¿Donde está?  
SORGLAN Pronto en las aras...  
¿No lo sabes?  
FINGAL ¡Hoy mismo!... Demasiado  
lo sé para mi mal. Pero la ingrata  
¿se ha olvidado de mí?  
SORGLAN Siempre recuerda



a su hermano Fingal.

FINGAL ¡Y qué!... ¡Mi hermana!...

Ese nombre fatal que en daño mío  
trueno en mi pecho y me destroza el alma,  
¿siempre en tu labio sonará funesto?  
¡Ah, no lo digas más!

SORGLAN Así tú agravas  
pena tan horrorosa, alimentando  
tristes recuerdos y memorias vanas.

Un guerrero, un magnánimo caudillo,  
¿el lustre eclipsará de sus hazañas  
con un amor tan criminal y horrible?

FINGAL ¿Y qué quieres de mí? La negra carga  
del infando delito, ya en mis hombros  
pesa ominosa y mi aflicción agrava.  
Todos los males me circundan fieros.  
¡Míralos..., sí..., me cercan, me amenazan!

SORGLAN ¡Tú deliras!

FINGAL ¡Sorglan, vamos, evita  
un crimen a Fingal!

SORGLAN ¿A dónde marchas?

FINGAL Este negro aparato, ¿qué me anuncia?

Esas antorchas fúnebres, opacas...

¡Qué turbia luz!

SORGLAN ¡Fingal!

FINGAL ¡Huye, infelice...,  
huye!... Estas sombras que a Fingal amagan  
sombras de muerte son.

SORGLAN ¡Ah! ¡Me horrorizas!

FINGAL Ven, ven Sorglan. En vano me amenazan...,  
arrostraremos su furia. ¡Titubeas!

SORGLAN ¡Qué negro frenesí!

FINGAL No era un fantasma.

Yo lo vi, yo lo vi... Sombras y espectros  
las aras conyugales preparaban,  
flores marchitas y hórridos emblemas.

¡Mira, mira!... Esas teas venerandas  
signos de sangre son: signos de muerte.  
No respondo de mí... ¡Funesta llama!

No..., no es posible que apagarse pueda:  
no es posible, Sorglan.

SORGLAN Y tú así ultrajas  
a la Naturaleza que te grita,  
a un padre que te adora...

FINGAL ¡Calla..., calla...

no le nombres!...

SORGLAN ¡Fingal!

FINGAL Es mi verdugo.

Pero le adoro aún más. Él me separa  
de este suelo de paz, para robarme  
mi caro bien, mi prenda idolatrada.  
Mas... no será. Esta noche... ¡Fatal noche!  
Nada, nada sabrás... Me atormentaban  
ideas espantosas... Un delirio,  
un ciego frenesí turbaba mi alma.  
Mas... ¡desgraciado! ¡Adiós!

SORGLAN ¿Qué es lo que intentas?

FINGAL A Selma parto... En el paterno alcázar  
mis males quizá el sueño concilie  
con bálsamo de paz.

SORGLAN No, tú me engañas;  
tú ocultas en tu pecho los furores.  
El espanto brillando en tus miradas...  
¿Dónde vas, insensato?...

FINGAL ¡Deja..., deja  
que de una vez acaben mis desgracias!  
(Se va precipitadamente.)

## ESCENA II

SORGLAN, después RINO, DUTCARON

SORGLAN ¡Infeliz! Su frenético delirio  
quizá a la muerte con furor le arrastra.  
Mas su padre...

RINO Sorglan. El hijo mío...  
¡Qué frenesí tan ciego le arrebata!  
Y qué..., ¿aún se obstina en contrastar los hados  
que allá en las nubes su cabeza amagan?

SORGLAN Vanas fueron mis súplicas.

RINO Su suerte  
por el cielo tal vez está fijada.  
¡Infeliz! Su destino me estremece,  
su funesto dolor pesa en mi alma,  
y esta duda cruel que me atormenta,  
con duro ceño el corazón me embarga.  
¡Oh padre sin ventura! ¡Quién me diera  
gozar por siempre de la eterna calma,  
y lanzar en el lóbrego sepulcro  
el grave peso que mis pies arrastran.  
¡Oh, cuántos años de infortunio y llanto  
pesaron sobre mí! ¡Y en pena tanta,  
un solo instante de quietud y dicha  
en vano esperaré! ¡Todo desgracias!  
Mis hijos, mi placer, son mis verdugos;  
ellos mi pena y mi tormento causan.

Mis hijos..., ¡ay!, en quien mi amor ufano  
su eterna dicha y su quietud cifraba.  
¿Por qué? ¿Por qué? Y así. ¡desventurado!  
¿Así mi amor y mis caricias pagan?  
¡Oh, no será, Sorglan!... Aún en su pecho  
de la santa virtud arde la llama.  
Esta noche Bosmina, en este sitio,  
con sacrosantos nudos estrechada,  
será de Dutcaron. Así contengo  
de mi hijo acaso la funesta audacia.  
DUTCARON Ella será feliz en mi cariño.  
Aun no viene, señor... ¡Oh, cómo tarda  
a mi amante deseo! Ella se niega  
quizá a cumplir mis dulces esperanzas.  
¡Momento apetecido! Mas escucho  
pasos allí... Y un bulto se adelanta.

### ESCENA III

BOSMINA, RINO, DUTCARON

RINO ¡Hija mía!...

BOSMINA Señor, en este sitio,  
¿qué pretendes de mí? ¿Por qué me llamas  
a este sitio de horror, cuando la noche  
sus negras sombras por el cielo arrastra?

RINO No temas, no. Tu padre desgraciado  
premio debido a tu virtud prepara,  
y por siempre su amor. Hacer tu dicha  
es, Bosmina, el objeto de mis ansias.  
Que tus días serenos y apacibles  
tranquilos corran en eterna calma,  
sin que mis ojos miren en tu frente  
del negro crimen la funesta mancha.  
Tal es mi anhelo, sí... Mas de ti exijo  
un sacrificio...

BOSMINA ¿Cuál? Vuestras palabras  
preceptos son, señor..., y nunca, nunca,  
será Bosmina a vuestro amor ingrata.

RINO Pues bien... Y si tu padre en este instante  
un compañero eterno te prepara,  
¿osarás vacilar?

BOSMINA Entiendo, ¡oh padre!  
¡Dutcaron!... ¡Dutcaron!

RINO ¿Tú no le amas?  
¿Le aborreces quizá?

BOSMINA No..., el pecho mío  
no sabe aborrecer. Yo, ¡desgraciada!,  
para querer nació; pero tampoco

ardió en mi pecho de su amor la llama.

DUTCARON ¿Cuál mi delito fue? Si en vano un tiempo  
abrigaba en mi pecho la esperanza,  
si mi amor importuno en largos días  
con ayes mil tu pecho fatigaba,  
¿pude ofenderte con mi amor sincero,  
o fue a tu pecho mi pasión ingrata?

BOSMINA Respetad mi dolor: llanto y tristeza  
sólo pedidme en hora tan infausta.

¿Qué pretendéis de mí, cuando me veo  
sola en la tierra y de mi bien privada?  
¿Amor? Jamás. Si el infeliz respira,  
¡ay!, me dirá: ¿Qué fue de tu constancia?  
¿Por qué la fe que me juraste un día  
entregas al rival que yo execraba?

RINO ¿Qué osas decir?

BOSMINA Lo sé... Yo no debía...

Mas nada, ¡ay padre!, mi pasión contrasta

DUTCARON ¿Por qué tanta altivez? Goce en buen hora  
de su funesto amor. Abandonada

llore por siempre a par de su infortunio  
la maldición que tu furor le guarda.

¿Yo humillado implorar? No... Vamos, vamos,  
que no se goce en mi dolor la ingrata;  
que no escuche mis quejas.

RINO Tú la afliges...

Dutcaron..., respetemos su desgracia.

¡Ay! Evita el horror, el negro crimen,

(A Bosmina.)

que ese amor desgraciado te prepara:  
también evita mi dolor eterno.

¡Ah! ¿Y eres tú quien mi tormento causa?

Acércate, infeliz: mira esa tumba  
que el cuerpo helado de tu madre guarda.

Contempla su silencio. ¿Qué te dice  
esa losa fatal? «¡Bosmina ingrata!»

Una voz misteriosa te repite...

«Oye el acento de tu madre cara;  
de aquella madre que te amé en un día:  
a Rino escucha que por mí te habla.»

¿Quieres con nuevo horror, con negro crimen  
hoy estampar incestuosa mancha  
en ese corazón siempre inocente,  
en ese pecho de virtud morada?

¿Desobedecerás a un padre tierno?

BOSMINA ¡Qué horror! ¡Jamás! ¡Sofóquese mi llama!  
Disponed de Bosmina, conducidla

víctima triste a las tremendas aras.

RINO Ve, Dutcaron, entre las tristes sombras  
la misteriosa unión quede afirmada;  
conduce el bardo.

DUTCARON ¡Oh padre! Que aún no fío  
cumplidas ver mis dulces esperanzas.

RINO Tú su esposo serás, yo te lo juro,  
antes que el sol a iluminamos salga.

#### ESCENA IV

RINO, BOSMINA

BOSMINA Ya mi bien acabó: desfallecido  
mi espíritu se niega a la esperanza.

¡Ay malogrado amor! ¡Todo en el mundo  
su aspecto muda en hora tan infausta!

RINO No aumentes el pesar de un tierno padre.

Ven. A mi pecho ven... En mí descansa.

¿No sientes un consuelo, una dulzura  
que con placer el corazón te halaga?

¿Lloras?... ¿Lloras?... Bosmina, algún remedio  
aun resta a tu pesar. Presto borradas  
por el tiempo verás y la fortuna  
esas memorias que tu mal agravan.

BOSMINA No me queda otro bien. Ya yo he apurado  
de mi negro dolor la copa infausta.

No me queda otro bien... Númenes sacros,  
sombras de execración que conjuradas  
agraváis mi tormento... ¿Qué delito  
cometió esta mujer desventurada?

¿Para qué vi la luz? ¡Oh, nunca fuera!

¿Por qué me disteis mi existencia amarga,

númenes de crueldad? ¿O allá vosotros

reís a mis tormentos y plegarias,

y os gozáis en mis males, prolongando  
con horrores sin fin mi vida aciaga?

Mira esa tumba que los tristes restos  
de Morna tierna silenciosa guarda.

¿No dice mi tormento? Triste y sola  
en el suelo me deja abandonada.

Padre...

RINO ¡Hija mía!

BOSMINA Condoled mi suerte  
y el negro horror que me destroza el alma.

Si todo lo perdí, si no le resta  
a mi amor otro bien, otra esperanza  
que el sepulcro...

RINO ¿Qué dices?

BOSMINA ¡Padre mío!...

¿Por qué la muerte mi dolor no acaba?

(Apoyándose en el sepulcro.)

Todo su amor y su delicia toda  
faltaron a Bosmina desgraciada,  
agótese este cáliz de amargura...

¡Ah! ¡Si la muerte con su sombra vaga  
ocultase a mis ojos para siempre  
mi antigua dicha y mi fatal desgracia!

RINO No atormentes, Bosmina, a un tierno padre,  
que tu bien sólo y tus delicias ansia.

El que ha arrancado a tu obcecada vista  
el velo que tu crimen ocultaba.

Fingal al fin.

BOSMINA ¡Fingal! ¿Y dónde, dónde  
se oculta el infeliz? Quizá su audacia,  
su desesperación, le han conducido  
al término fatal...

RINO ¡Ah! Calla, calla.  
No quieras con tan hórrido presagio  
romper mi corazón.

BOSMINA ¿Y qué esperabas?  
¿Qué otra cosa que llanto, qué otra cosa  
que sangre y muerte de su furia aguardas?

RINO ¿Y lo crees?

BOSMINA ¡La muerte..., único efugio  
que el hado a mi infortunio reservaba!  
Ella es sola mi dicha y mis placeres.

¡Ah! Lo dije..., la muerte. ¿Por qué tarda?

RINO Calla... Mi pecho de terror se llena  
al fatídico son de tus palabras.

Bosmina...

DUTCARON (Dentro.) ¡Por piedad!... (Con voz desfallecida.)

BOSMINA ¿Lo has escuchado?  
La voz de Dutcaron, voz execrada,  
nuncio de males.

DUTCARON ¡Por piedad!... (Más desfallecido.)

BOSMINA Escucha

Muere, y allá mi imprecación le alcanza.

RINO ¡Qué horror!

ESCENA V

Dichos, SORGLAN

SORGLAN Llegad, al infeliz prestadle  
auxilio en el horror de su desgracia.

RINO ¡Dutcaron!...

SORGLAN Dutcaron, al pie del muro

ensangrentado moribundo clama.

RINO ¿Quién le mató?

SORGLAN Venid a socorrerle:  
no queráis más saber.

#### ESCENA VI

Dichos. FINGAL, despavorido, con la espada ensangrentada y como huyendo de alguno que le acosa.

FINGAL Negro fantasma...

¡Huye, no clames más!

BOSMINA ¡Fingal!...

FINGAL ¡Qué acento!

¡Eco consolador!... ¡Aquí aguardaba!...

¿Eres Bosmina tú?

RINO ¡Fiero homicida!

¿Qué sangre es ésa que tu diestra baña?

FINGAL La de un monstruo, de un bárbaro inhumano  
que robarme mis dichas intentaba.

BOSMINA ¡Infeliz!

FINGAL ¡Descendió sobre mi frente

la eterna maldición!... Sombras airadas

me cercan, y mis crímenes pregonan...

RINO ¡Huye, monstruo fatal! Funesta causa

de cuantos infortunios martirizan

con negro ceño mi alma atormentada.

Esa sangre inocente en que teñido

estás por tu mal, pide venganza

con eco atronador al alto cielo.

Mira, mira, infeliz, cuál te anonada

la imagen de tu crimen espantoso.

Mírale ya... Siguiendo tus pisadas

y amagándote a par.

FINGAL ¡No más!... ¡Te escucho,

sombra de mi delito! Tu venganza

satisfecha será... ¡Calla!... Mi sangre...

¡Ah! Mi sangre... Bosmina..., sí... mi hermana...

(En acción de herirse.)

RINO ¡Fingal! ¡Fingal!

BOSMINA ¡Hermano!...

FINGAL Mis delitos

morir me ordenan... Sin tu amor... ¡Oh rabia!...

(Se hierde.)

FIN DE LA FANTASÍA

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

